

aquí me ha de costar la vida; y así, siendo primero yo que otro, habréis de prestar paciencia y suplir por él en tanto, asegurándoos de dos cosas. La primera, que no os ha de venir ningún daño de esto; y la segunda, que yo procure que salgais de este encerramiento con brevedad. El que se ausentó de aquí se llamaba Carlos; vos habréis de suplir por él, tomando este nombre, volviéndoos á asegurar que procuraré en breve vuestra libertad, y quizá será para medra vuestra.

Mucho sintió Felisardo que se dispusiesen sus cosas de modo diferente del que se pensó; pero considerando que de ser hallado por orden del Rey, también había de ser preso, y que de esta suerte fiándose de aquel caballero en lo que le prometía, podría ser mejorase de dicha, le dijo: Yo, caballero, hice mal en no pelear con mis enemigos antes que encerrarme aquí; ya lo hice; yo estoy dispuesto á pasar por la pena que me viniere; de vos me fio, que como caballero trazaréis modo cómo no me venga ningún daño. Reconoció Doristeo en los acentos de lo que hablaba que no era natural de aquel reino, y así le dijo: Holgárame mucho de saber quién sois, con la misma promesa de que en nada seréis deservido; fíaos de mí, y creed que soy caballero que os sabré servir en todo. Parecióle al Príncipe que le estaría bien descubrirsele, y así le dijo quién era, á lo que venía y lo que le había sucedido hasta entrar allí, dejando admirado á Doristeo oírle esto, y no discurrendo en el modo de haberse librado de allí Carlos. De nuevo se le ofreció, pidiéndole con muchos encarecimientos que le ayudase á cumplir con el Rey en su fidelidad, pues con eso le libraba de la muerte, que era infalible, á saber su descuido. Con esto le dejó lo que había de comer, sirviéndole el hombre, á quien encargó el mismo secreto, advirtiéndole que corría el mismo riesgo por su persona que el mismo Doristeo. Con esto se dejaron al pobre caballero encerrado, cercado de varios pensamientos sobre lo que sucedería de él. Sus criados fueron presos de la justicia y tenidos por espías; diéronles graves tormentos porque confesasen á qué habían venido allí, y ellos dijeron que pasaban adelante, y les obligó á hacer noche en Cracovia el deseo de ver aquella gran corte; no pudieron saber de ellos otra cosa, que no fué poco no revelar el secreto de que su Príncipe estaba allí encubierto.

Volvamos á Carlos, el cual estaba en la cárcel preso; y habiéndose dado cuenta á los jueces de lo criminal cómo aquel hombre se había resistido á la justicia sobre prenderle y muerto dos hombres, le condenaron á muerte; pero en su descargo se ofrecieron algunas personas á jurar cómo aquel hombre estaba sin juicio, porque viendo tocar una caja de guerra, que echaban un bando, la fué siguiendo en cuerpo, muy admirado, que había arrojado el dinero, que había quitado á otro hombre la espada, y otras cosas de las referidas, que por ellas se debía de argüir que estaba loco. No se satisficieron de esto los jueces, y quisieron verse con el preso, al cual hicieron algunas preguntas en términos jurídicos; pero como él no tenía noticia de aquellas cosas

por su maestro Doristeo, á cada una preguntaba lo que era muy en su juicio, cosa que dió á los jueces motivo para echarle fuera de la cárcel, mandándole alistar en una de las compañías que se hacían contra él de Dinamarca y Suecia, solo para que abultase con la gente, porque en él conocieron que le faltaba capacidad, pues despues de haberle preguntado su nombre, no supo decir quién era ni dónde había nacido. Con esto salió Carlos de la cárcel, y comenzó á seguir la profesión de Marte, porque acabado el tiempo de las paces asentadas entre el Polaco y Dinamarqués, se comenzaron los dos reyes con sus valedores á prevenir para volver á sus antiguas enemistades; y así á toda priesa con el publicado bando el Polaco hacia gente; pues con la hecha sin dejarse ver apenas, salió por soldado ordinario Carlos en una compañía de infantes, marchando para juntarse con el ejército del Rey.

Doristeo, confuso y discursivo siempre sobre la libertad de Carlos, se vió con el Rey, á quien suplicó que se sirviese de dar libertad á aquel jóven, que ya estaba en edad para salir de aquel encerramiento. Estaba el Rey con deseo de verle, y así permitió que saliese de allí y que se le tuviese cuenta con las acciones suyas, para ver á lo que se inclinaba; con esto fué Doristeo á la prision por Felisardo, á quien dió cuenta de lo bien que había negociado su libertad, y díjole que se vistiese el mas rico vestido de los que allí había, que eran de Carlos, y fuese á besar la mano al Rey; obedecióle, y vestido lucidamente fué acompañado de Doristeo á verse con el Rey. Había la Infanta oído algo de esta plática, y estaba aguardando á ver á Carlos, que pensó que se había vuelto á la prision. Llegaron Felisardo y Doristeo á la presencia del Rey, que los estaba aguardando con grandísimo alborozo; ya el jóven venía instruido de Doristeo en lo que había de decir y para llevar su mentira adelante; y así, luego que se postró delante del Rey, le dijo: Cuando hubiera estado mas tiempo encerrado en aquel oscuro albergue por gusto de vuestra alteza, lo debía de haber dado por bien empleado por llegar á recibir este sumo favor de besar su real mano; aquí está este humilde vasallo vuestro, deseoso de seguir el camino de mi padre en vuestro servicio. Holgóse el Rey de ver la persona del fingido Carlos, y abrazándole le dijo: Costosa experiencia he querido hacer en vos, pero os ha de ser muy bien premiada por lo que habeis padecido; id á besar las manos á mis hijas para que os conozcan, que Doristeo tendrá cuenta de vuestra persona, pues sustituye el lugar de vuestro padre. En ese le tengo, serenísimo Señor, dijo Felisardo, y así le guardaré el mismo respeto que al que me dió el ser. Llevóle Doristeo á la presencia de las infantas, á quien besó las manos, admirándose la hermosa Sol de verle, porque no olvidó tan brevemente las especies del verdadero Carlos de su memoria que no echase de ver que este era otro, y no el que ella vió con tanto gusto en la cueva, y este cuidado la mudó de semblante, de modo que se lo conoció Doristeo. Ya sabían las damas que aquel caballero

era el de la experiencia que hacía el Rey, porque las infantas se lo habían dicho, y así todas pusieron los ojos en Felisardo, que tenía buen talle, deseosas de que él se pagara de alguna de ellas.

Volvió Doristeo con Felisardo á la presencia del Rey, y él le habló en varias materias, hallándole capaz de todo, porque en todas discurría bien. La última de que se trató, donde el Rey quería comenzar á ver el efecto de su experiencia, fué de la guerra, tratándole de la que al presente tenía con el rey de Dinamarca y el de Suecia, su valedor, y que iba disponiendo su ejército para marchar con él contra los dos reyes, de quien tenía aviso que también se prevenían contra él. Aquí á nuestro fingido Carlos y verdadero Felisardo se le mudó el semblante por dos cosas, de modo que el Rey lo echó de ver. La primera, porque le pesó de que se hiciese la guerra contra su padre; y la segunda, que se le puede mejor dar nombre de primera y mas principal, porque el Príncipe era pusilánime y de cobarde y afeminado corazón, de manera que nunca se vió en ejercicio de armas, porque el poco brio y aliento le hizo caer muchas veces en vergüenza; lo que le dijo al Rey fué que parecería mal al mundo que entre reyes que habían sido amigos, según estaba informado, hubiese tan reñidas guerras, de donde resultaba menoscabo de las haciendas y pérdida de vida; que si su voto valiera, él le diera antes á la composición que al rompimiento. No le pareció bien al Rey esta primera acción en el jóven, cuando de su persona y edad se prometía que en oyendo nombrar guerra y viendo gusto en él de que se hiciese, él se había de ofrecer á servirle, y aun molestarle á que se apresurase á partir. Díóle cuenta el Rey del bando que había echado y de cómo ningún caballero bien nacido dejaba de irle sirviendo; á que respondió con mucha tibieza que él los imitaría, pero estando siempre cerca de su real persona, pareciéndole que allí era estar en el cuarto de la salud. Todo esto notaba el Rey, y le pesaba mucho de que le saliese mal la crianza del jóven, y así le dijo: Yo te tengo, oh Carlos, por tan hijo de tu padre, que aunque has hablado tibiamente en la guerra, puesto en ella, sé que me molestarás para que te ponga en puestos peligrosos donde mostrar tu valor. Aquí mucho mas turbado que antes, respondió: Yo haré lo que los caballeros que asisten á vuestra alteza cerca de sí, que fué lo mismo que decir: Estaría con los ancianos acompañándole, aunque la razón fué equívoca. No quiso el Rey apurarle mas en esto; mandóle que tuviese por posada la casa de Doristeo, y así le llevó á ella, pesaroso este de que en el Príncipe hubiese tan poco valor que hablase así al Rey.

Vinieron todos los caballeros de la corte á visitarle allí, y sacáronle á caballo á ver la ciudad; en este tiempo había el Rey dispuesto hacer otra prueba de este jóven, y así un día que paseaba el terrero del cuarto de las infantas solo, aguardando unos caballeros que habían ofrecido venir allí, mandó el Rey salir á un balcón á una dama de las mas hermosas de palacio, y que le favoreciese trabando plática con él. Era esta señora

de las que mas privaban con las infantas, llamada Laudomira; parecióle bien á Felisardo, y comenzó á llegarse hácia el balcón, y viendo la ocasión á medida del deseo para hablarla, la dijo: Bien deseaba mi afecto la libertad del encerramiento que tuve, pues con ella carecía de tantos gustos. Muchos son los que se pierden sin ella, dijo la dama, y esta corte perdía en vos un gran caballero que la ilustrase. Béseos la mano por el favor que me haceis, dijo él; pero quiero advertiros que no he mudado de estado en cuanto á estar preso, si bien es mas dulce prision la que padezco. No os entiendo, dijo la dama, mas infiero de esa razón que vivís contento con algún empleo. Con el que tengo presente, dijo él, que de solo haberos visto hoy con atención, me habeis robado la libertad. Sin duda, dijo la dama, estais pensando en la brevedad de la vida, que no habeis tenido espera á que con mas finezas ó demostraciones yo conociera vuestra voluntad, pues tan presto me la habeis dicho. El estilo que se tiene en palacio, si no lo sabeis, es enamorar, servir y obligar sin declarar la pena hasta que el tiempo permita que se diga sin ofensa de la dama; mas yo os disculpo, que como quien ha pasado poco por estos lauces, recluso en un encerramiento, no habeis sido curioso en informaros primero de lo que aquí se usa en este particular. Así es, dijo él; pero ya que mi inadvertencia ha pecado en esta parte, no desmerezca mi fe en dejar por eso de ser favorecido vuestro y que tenga permiso para serviros. Yo os la doy, dijo la dama, con tal condicion que seais muy firme; porque si veo que no lo sois, demás de la opinion que perderéis, me daré por tan ofendida, y procuraré muy de veras vuestro castigo. Así se lo prometió Felisardo, aunque picado de la dama, que por razón de estado la galanteaba, que él mas enamorado estaba de Sol desde que la vió la primera vez, pero deseaba llevar adelante el engaño de ser el fingido Carlos, y así pasaba con él. Continuó algunos dias el galanteo, siendo ya público en palacio, y aun envidiado de algunas damas.

Otro día se ofreció ocasión de hablar Felisardo con la hermosa Laudomira en el mismo puesto, y ella le arrojó desde el balcón una banda por favor, de que Felisardo hizo mucha estimación. Todo esto ordenaba el Rey, el cual mandó á Darisio, un caballero de su cámara, que como que era galán antiguo de Laudomira, le sacase al campo y procurase quitarle aquella banda. Aguardó este caballero á que desamparase el Príncipe el lugar en que había recibido el favor, y encontrándose con él, le dijo: Señor Carlos, yo tengo necesidad de hablaros á solas fuera de este lugar, y aun de la ciudad; si sois servido, veníos conmigo, que en breve sabréis para lo que sois llamado. Parecióle á Felisardo que venía Darisio con disgusto, y que el llamarle era para tener con él alguna pesadumbre, y así le dijo: Si es tan breve lo que me queréis decir, ¿para qué hemos de cansarnos en salir fuera, pudiéndolo saber donde estamos? No conviene, replicó Darisio, y así haced lo que os pido. Hubo el Príncipe de seguirle, bien cercado de temores, porque era en extremo tímido. Salieron fuera

de la ciudad, y habiéndose apeado y dado los caballos á sus lacayos, Darisio le dijo esto: Señor Carlos, el ignorar que yo soy galán de la hermosa Laudomira, y mas antiguo que vos, ha sido causa de haber inadvertidamente tratado de galantearla; por forastero y estar conmigo disgustada, ha querido despicarse con vos y llegado á favoreceros con esa banda; á mí me importa que la corte no vea prenda suya en vuestro poder; y así os pido que me la deis de bueno á bueno, porque si no será fuerza que la cobre con la espada en la mano. Turbóse Felisardo viendo la resolución de Darisio, que no la quisiera tan determinada; y así le respondió: Señor Darisio, no puedo negar que esta banda que traigo no me la haya dado la hermosa Laudomira; yo no sabia que vos la servíades, y así no culpáreis que yo admitiese el favor; huélgome de haber sabido ser vos quien la festeje, y porque prendas en quien con veras no es favorecido están de mas, hago cuenta que me ha dado esta banda para vos; tomadla, que no es razou que yo traiga lo que se me dió mas por despiques que por voluntad. Dióle la banda, y muy ufano con ella Darisio quiso ponérsela luego al cuello, mas Felisardo le pidió que no lo hiciese, ya que se la habia dado. Condescendió Darisio con su gusto, y volviéronse los dos muy en paz á la ciudad, admirado Darisio de que el fingido Carlos hubiese tan corto ánimo, que no le tuviese para defender el recibido favor. Vióse luego con el Rey, á quien dió cuenta de lo que habia sucedido, mostrándole la banda, con que se admiró mucho, viendo cuán mal le salia el pronóstico del difunto Enrique, padre del que pensaba ser Carlos, y mandó á Darisio que publicase aquella mengua de Carlos por la corte, hasta ver si en otra ocasion hacia otro desaire como el sucedido, y así se lo prometió Darisio.

Hecha la prevencion del ejército, se dispuso el Rey, habiendo nombrado general á Darisio, y él oficiales en los tercios, á partir de allí á dos dias. No quedó en todo el reino persona de importancia que no fuese con el Rey; él hizo dar á sus criados muy buenas ayudas de costa para que fuesen lucidos, y entre ellos fué uno Felisardo, el cual, pareciéndole que ir contra su padre á pelear no era cosa que le habia de estar bien, determinóse á pedir al Rey le nombrase por alcaide del alcázar de Cracovia, palacio real, con tres fines: el primero, de no ir á la guerra contra su padre; el segundo, procurar enamorar á la hermosa infanta Sol; y el tercero, para que si no era favorecido de ella, irse secretamente á su tierra. Este oficio le pidió al Rey, dejándole con mucho sentimiento de oír tal petición, porque aquello era declaradamente mostrarse cobarde y enemigo de ir á la guerra. Lo que le respondió fué: Carlos, sois muy mozo para ese cargo; nunca le doy á caballeros de vuestros pocos años, sino á personas que me han servido mucho, y ya por ancianos debo jubilarlos. Venid conmigo donde yo fuere, pues lo hacen todos los grandes príncipes y caballeros de Polonia, y yo mismo no me reservo de lo que me puede suceder; y adviértoos que en tanta juventud parece muy afrentosa cosa que

excuseis el trabajo, y no sigais á vuestros progenitores, que fueron tan grandes soldados. Iba á disculparse Felisardo, mas no le quiso oír el Rey; lo que hizo fué mandarle apercebir para el día siguiente, con que no se pudo excusar.

Partió el Rey de su gran corte en busca de su enemigo, donde le dejarémos marchando con un ejército de veinte mil hombres, por decir lo que hizo nuestro Carlos con un trozo de gente que habia partido antes. Iba, como dije, por un soldado ordinario, aunque muy estimado de su capitán por su buena persona. Estaba el enemigo fortificado tres leguas de donde hizo alto aquel trozo del ejército, y era un grande llano capaz para darse batalla campal; allí quisieron fortificarse, pero habiendo pareceres en contra, pasaron una legua mas adelante, y en un puesto mas á propósito asentaron su real y se comenzaron á fortificar. Desde este puesto enviaron algunos soldados por espías del enemigo para saber qué gente era la que traía y qué designios; entre ellos fué nombrado Carlos, el cual, gozósísimo de ir á ganar nombre, se adelantó á los otros, y aquella noche, acercándose cuanto pudo á las trincheras del contrario, pudo toparse con otra espía que se despachaba á lo mismo que él para saber del ejército polaco lo que hacia y determinaba; pidiéronse el uno al otro el nombre, y como no se le pudiesen dar por ser de contrarios ejércitos, lo remitieron á las armas; en breve despachó con la espía contraria Carlos, porque murió á sus manos. Sucedióle á esta espía otra, y siguió los pasos de su compañero; y llegando otro soldado en seguimiento de los dos difuntos, Carlos peleó con él y pudo rendirle y llevárselo prisionero á la presencia de su general, á quien dió cuenta de lo que le habia sucedido, y del mismo prisionero se certificó el general, estimando en mucho el valor de Carlos. Allí supo la gente que traía el contrario y cómo venia con presupuesto de ganar un puesto eminente, para desde allí estar ventajoso al contrario para cualquier faccion; mandóle poner á recaudo el general, y á Carlos le hizo luego alférez de una compañía de caballos. Desde aquel dia alentado con el premio este jóven dió mas dilatadamente á conocer su valor, porque teniendo un encuentro con el enemigo sobre el referido puesto, defendiendo el ganarle, se vió pelear con mucho aliento y brio, matando muchos enemigos, hasta que pudo prender á un coronel de los mejores soldados que tenia el de Dinamarca. Todo esto fué á vista del Rey, que desde una colina pudo ver la batalla y en ella las proezas de Carlos. Murió gente de una parte y otra, y húbolos de hacer retirar la noche; mandó el Rey llamar á Carlos, y por lo esforzado que anduvo en la prision del coronel le hizo capitán de caballos de su misma compañía por muerte del que la gobernaba. Ya tenemos capitán á nuestro héroe, con no poca envidia de muchos soldados.

Continuóse la guerra, y por no ser largo en referirla por menudo, digo que la última batalla que se dió, que fué la campal, habiendo peleado los reyes por sus personas, vió el de Polonia hacer hechos portentosos á

Carlos. Hallóse el Rey sin caballo, que se le habian muerto, y él apeándose del suyo se le dió, y á fuerza de armas cobró otro, con que se metió por lo mas peligroso de la batalla, hiriendo y matando á cuantos topaba hasta llegar á encontrarse con el estandarte real del rey de Suecia, que iba cerca de él; allí, ayudado de solo su valor, se entró por lo peligroso de las armas, y pudo prender al rey Floriseo de Suecia, encomendándole á cuatro soldados que eran de su compañía, y él yendo delante haciendo con su espada lugar hasta que le dejó en puesto seguro en una tienda de su maestre de campo. La batalla tuvo fin con la muerte del rey de Dinamarca, con que el ejército se desbarató y puso en huida, siguiendo el alcance lo que duró el día la gente del Polaco. Con esto se retiraron los de Polonia, y el maestre de campo, á quien se entregó el rey de Suecia preso, quiso ganar las gracias con lo que Carlos habia peleado á costa de su sangre; y así, tomando al Rey en su compañía, le llevó á la tienda del de Polonia y se le presentó, diciendo que él por su persona le habia preso. No se puede decir el gusto con que el Polaco le recibió; hízole muchas honras al maestre de campo, y despues muchos agasajos al prisionero, el cual no pudo sufrir que aquel soldado usurpase la gloria al que le habia preso, y así le dijo: Mi suceso no es nuevo en lances de guerra, pues de la manera que ha sido mi prision pudiera haber sido la tuya á tener al cielo de mi parte; seria novedad que quien no me ha preso peleando gozase de la gloria del premio; y así, lo primero que te advierto, oh rey de Polonia, es que sepas que quien me prendió no es este caballero; menos edad tiene, y creo que le oí nombrar Carlos. Tenia ya el Rey noticia de Carlos por el servicio que le habia hecho aquel dia con darle su caballo, y así mandó llamarle, muy enfadado con el maestre de campo por la tiranía que queria usar con el verdadero autor de aquella hazaña. Mandóle dejar su presencia y el cargo que tenia y que le buscasen luego á Carlos; muchos se dispusieron á buscarle por dar gusto al Rey, que le vieron deseoso de tenerle en su presencia, y con la diligencia que hicieron le hallaron que venia á curarse de dos heridas que traía, aunque no peligrosas. Llegó á besar la mano al Rey, el cual le echó los brazos al cuello, diciendo: Bien sea venido el nuevo Aquiles de mi ejército; llegad, Carlos, que así me dicen os llamais, que quiero honraros con el cargo que vuestro maestre de campo ha perdido por ambicioso, pues deseaba quitaros la gloria que vos merecisteis á costa de vuestra sangre, por haber preso al rey de Suecia; este os doy con cuatro mil escudos de renta. Besóle la mano Carlos por el favor que le hacia, y pidióle licencia para irse á curar; dióselo el Rey, mandando que la cura se le hiciese en una tienda que tenia de respeto cerca de la suya, adonde quiso que se alojase. Siguiéronle muchos caballeros, deseosos de agradar al Rey, y así por lisonjearle le comenzaron desde aquel dia á cortejar acompañándole.

No permitió el Rey que el de Suecia se alojase fuera de su tienda, y así le tenia en su compañía, siendo es-

te agasajo algun consuelo para la pena de su prision. En dos sillas estaban sentados los reyes cuando acertó á venir á la tienda Felisardo, el cual, mientras duró la batalla, ahorrándose de peligros, se habia retirado fuera de ella, y desde el lugar que escogió para seguro de su persona vió toda la refriega, y ahora venia entre la tropa de la gente á ver al Rey; pues como entrase en la tienda acertó á poner en él los ojos su padre el de Suecia, el cual, sin poderse contener, se levantó con los brazos abiertos, y se fué para su hijo, diciendo: Felisardo mio, en buen hora te vean aquí mis ojos, que tanto han sentido tu ausencia, y el no saber dónde estabas. No pudo Felisardo huir el cuerpo á este impen-sado suceso, y así toda su máquina dió en tierra, con pedirle al Rey su padre la mano y besársela. Novedad se le hizo al Rey ver el favor que el de Suecia hacia al que tenia por Carlos, caballero de su corte; y así le preguntó que de dónde conocia á Carlos. A Felisardo dirá vuestra alteza, dijo el Sueco: conózcole de que es el heredero de mis estados y príncipe de Suecia. Volvió el Polaco con esto al Príncipe, y díjole: ¿Vos no sois Carlos el que yo tuve recluso en una cueva? No, Señor, dijo Felisardo, si bien es verdad que en esa cueva me retiré temiendo ser conocido en vuestra corte, por las diferencias que entre vuestra alteza y mi padre habia. Aquí se quedó el Rey admirado y confuso con lo que le oía, no sabiendo cómo se habia abierto la prision de Carlos; y para certificarse mejor, determinó enviar á llamar á Doristeo con el correo que despachaba á sus hijas avisándolas de su victoria; así lo hizo aquella noche porque le sacase de la confusion en que estaba. Cenaron los dos reyes y el príncipe Felisardo juntos, y mientras se daba orden en hacer curar los heridos y enterrar los muertos, hubo lugar de llegar el correo á Cracovia y dar las cartas á las infantas, que se holgaron mucho con la felice nueva de la victoria; y sabiendo que el Rey enviaba á llamar á Doristeo, le cometieron el visitar á su padre de su parte y darle la nueva de su dichoso suceso. Llegó Doristeo al ejército, y habiendo hecho su embajada de parte de las infantas, en presencia de muchos caballeros que acompañaban al Rey, este se apartó con él á un retiro de su tienda, á quien dijo estas razones:

Doristeo, bien se te acordará que corrió por tu cuenta la crianza de Carlos, depositándole tú en aquel retiro y encerramiento, para experimentar en él la inclinacion que sacaba de allí: curiosidad que yo emprendí hacer por lo que oí á su padre; tú me ibas informando cada dia de cuanto se pasaba con él, y tenia avisos, así de sus condiciones como de lo que aprendia de tí. Despues de tenerle allí veinte años y mas, me suplicaste que le sacase de allí, que ya tomaba con impaciencia aquel retiro; yo vine en lo que me pediste, y así salió; trujístele á mi presencia, al cual examinándole en la suficiencia, no me descontentó; mas probándole en el valor, le hallé con un natural temor, ajeno de ser hijo de tal padre. Prosiguió en esto con la prueba que hice de la banda, y vi ser tan pusilánime,

que se la dejó llevar á Darisio. Despues vi que el venir á la guerra lo hizo de mala gana, antes procuraba excusarlo con pedirme el oficio de alcaide de mi alcázar. Aquí sé cuán mal ha probado, pues en esta batalla última me han informado que infame y encogidamente se retiró de pelear, cuando todos hicieron su deber en mi servicio. Este jóven que he tenido por Cárlos ha parecido ser Felisardo, príncipe de Suecia; él me ha dicho que salió del encerramiento de Cárlos, y por no ser conocido se valió de la astucia de ser tenido por él. A mí bien me pudo engañar, que nunca vi á Cárlos, mas á tí no puede ser. Yo deseo salir de esta confusión, y para eso te he enviado á llamar. Pueß estamos solos, dime la verdad de lo que en esto sabes con claridad, porque de no lo hacer, no tienes segura tu cabeza.

Turbósele el semblante á Doristeo, y balbuciente en las palabras, dijo de rodillas estas: Invictísimo Casimiro, rey de Polonia y señor mio, yo no te pienso negar nada de lo que me mandas decir, aunque me cueste la vida, y si lo he hecho hasta aquí, ha sido por defenderla de tu rigor, pues era cierto que me habías de mandar cortar la cabeza. Yo entrando como solia á la prision de Cárlos hallé á este jóven en ella, cosa que me causó no poca admiracion. Preguntéle que quién le habia traído allí, y él me dijo que habia hallado aquella puerta abierta, de donde infiero que el mismo Cárlos no pudo salir de allí, sino que alguno le sacó con otra llave que hizo, porque esa la tenia en mi poder. Temiendo, como he dicho, tu rigor, me valí de hacerte aquel engaño; no es posible escondérsenos Cárlos, que no sea conocido de mí.

Oyendo el Rey esto, le vino al pensamiento si aquel caballero que tan hazñosos hechos habia ejecutado en la guerra era Cárlos; pues tenia este nombre, y así se lo comunicó á Doristeo. Preguntóle al Rey por las señas de él, y dándoselas, vió que era el mismo, con que el Rey recibió extraño gusto; y para verificar mas esto mandó á Doristeo que de su parte fuese á visitarle á su tienda, que estaba herido en la cama; hizolo Doristeo con no poco alborozo, deseando que fuese aquel caballero herido el fugitivo Cárlos. Entró Doristeo en su tienda, y hallóle en la cama, con cuya vista fué grande la alegría que recibió. No menos la tuvo Cárlos, que echándole los brazos al cuello le dijo: Padre mio, que así le llamaba como le habia criado y doctrinado, ¿qué venida ha sido esta aquí que tanto regocijo me habéis dado con vuestra presencia? Mas le recibiréis, hijo de mi alma, dijo el anciano Doristeo, si supiédes de qué parte vengo á visitaros. Sentóse en una silla y dijole cómo el Rey le mandó que de su parte supiese cómo se hallaba de las heridas, y que despues de saber de su salud, deseaba conocerle por el que habia tenido encerrado en la cueva, y que de esto le habia de resultar gran bien. Holgóse Cárlos mucho de oír aquello, y dijole que las heridas no eran cosa de consideracion que le obligasen desde ese otro dia á estar en la cama, que besaba á su alteza su real mano por el favor que le hacia sin méritos de su parte. Aquí le preguntó Doristeo

cómo habia salido de la cueva, y él le dijo que una bizarra y hermosa dama le abrió la puerta, de cuya vista quedó muy pagado; y con esto le contó cómo la habia dejado por irse tras el son de la caja de guerra, con todo lo demás que le sucedió, admirándose de oírsele Doristeo, porque no llegó á saber la resistencia de la justicia ni su prision, ni tampoco daba en quién pudiese ser la dama que le abrió. Preguntóle las señas de su rostro, y como aquel que las tenia muy en la memoria, se las dijo, con que Doristeo presumió que seria la infanta Sol, pero no daba cómo hubiese podido hacer llave para la puerta ni aun saber aquel secreto. Estúvose con Cárlos Doristeo una hora, y al cabo de ella se despidió, y fué á dar al Rey cuenta de que el herido era el verdadero Cárlos. Holgóse el Rey de esto, y no veia la hora de verle; ésotro dia cumpliósele su deseo, porque Cárlos fué á besar la mano al Rey, y él le honró mucho, y le hizo conde con diez mil escudos de renta. Supo allí Cárlos quién era, y el Rey dijo en presencia de sus caballeros la prueba que habia hecho de él y cómo salió cierto lo que habia dicho Enrique, su difunto padre, de la inclinacion española, pues por tenerla á las armas, habia señaládose en ellas mas que todos y ocupado el puesto que gozaba.

En este tiempo murió el general Darisio de una aguda enfermedad que le dió, con que luego ascendió á aquel puesto Cárlos, encomendándole el Rey su ejército y dándole órden para que con él siguiese al de Dinamarca hasta hacerle guerra; se entró en su tierra, y él se fué á Cracovia, donde fué recibido con mucho regocijo de toda la ciudad, haciéndose muchas fiestas por la victoria; llevóse al rey de Suecia y á su hijo Felisardo consigo, teniéndolos en su corte en forma de presos, sin salir de un cuarto de su palacio, que era no poca pena para Felisardo, porque estaba muy deseoso de galantear á la hermosa Sol, con quien deseaba casar; y así le habia dado de esto parte al Rey su padre.

Volvamos á Cárlos, que con su ejército entró en Dinamarca, y á dos jornadas se encontró con el del Rey nuevo, á quien osó dar batalla campal, en la cual fué tambien preso como el de Suecia, por demasiado alentado y haber querido empeñarse en lo peligroso de la batalla. Su ejército, viendo preso á su Rey, se desbarató, y volvió á entrarse la tierra adentro; no quiso seguir Cárlos el alcance por ser ya la entrada del invierno y comenzar los frios en aquella tierra, que son grandes, y así se volvió á Cracovia, donde se le hizo un recibimiento muy grande, por mandarlo así el Rey. Besóle la mano, y de él oyó muchos favores, con no poco envidia de los caballeros de su corte. Al nuevo rey de Dinamarca aposentaron en otro cuarto de palacio, dándole gente que le sirviese y guarda que asistiese á tener cuenta con él.

El segundo dia que Cárlos llegó le hizo el Rey su almirante, dándole tierras y todo cuanto era de su padre. Con esta merced fué á besar la mano á las infantas, que ya lo deseaban, en particular la hermosísima Sol, que desde que le vió la primera vez le amaba. Allí

conoció Cárlos que quien le habia dado libertad en la cueva era Sol, con cuya vista quedó muy enamorado.

Las dos hermanas le hicieron muchas honras, que así se lo mandó el Rey. Con esto Cárlos era el mas estimado caballero de la corte de Polonia, y á quien todos cortejaban y aplaudian por dar gusto al Rey, el cual le comenzó desde entonces á ocuparle en el manejo del gobierno del reino, hallando en él grandísima capacidad para todo.

En medio de estas felicidades fué el cielo servido de querer llevarse al rey de Polonia. Dióle una enfermedad en tiempo que los reyes de Dinamarca y Suecia trataban de medios de paz. Esta se hacia con ofrecerle feudo cada año, y así se concertó. Tenia el enfermo Casimiro noticia de cuán gran soldado era el rey de Dinamarca, y tambien la tenia del encogido ánimo del príncipe de Suecia, y así escogió al primero para yerno suyo, casándole con la segunda hija; esto dispuso hacer, aunque no lo publicó hasta que vió que su mal se aumentaba, manifestando los médicos que estaba muy de peligro. Visto esto, mandó juntar á los grandes de su reino, y hallándose todos en su aposento, y Cárlos entre ellos, dijo estas razones:

Grandes y príncipes de Polonia, mi enfermedad crece de modo que los médicos afirman que es mortal. He mandado juntaros para deciros que la felicidad de un reino consiste en tener rey que le sepa gobernar con valor y prudencia; el valor para saber defenderle de sus enemigos, y la prudencia para saber guardar justicia, dándole á cada uno lo que le pertenece. Yo no dejo varon que me suceda; el reino ha de heredar Sol, mi primera hija, la cual deseo que halle muy buen empleo en príncipe que tenga las calidades que he dicho; de los comarcanos á este reino no hallo ninguno que

me contente, y mas por el inconveniente que hay en que, si caso á mi hija con príncipe heredero de reino, daréle primer lugar al suyo antes que al mio, y al reino de Polonia no le está bien admitir segundo lugar, siendo tan poderoso que merece el primero. Para esto he considerado que mi hija case con vasallo mio, y este con las calidades que he dicho: muchos hay que la merecen, mas el que mas accion tiene á ser interesado en este favor es Cárlos, á quien para experimentar su inclinacion tuve en un encerramiento desde que nació hasta la edad de veinte años, poco mas. Este es mi gusto, Cárlos se case con mi hija Sol, y sean mis herederos, y á esto no me ha de contradecir ninguno, pena de la vida. En segundo lugar, quiero que el rey de Dinamarca case con Claudomira, mi segunda hija, obligado siempre á la promesa del feudo que ha prometido darme; y Felisardo, si gustare, le daré á mi sobrina Clarista, hija de un hermano mio, que por su muerte tengo en tutela.

A todo esto no le replicó vasallo, antes todos con mucho gusto se holgaron tener á Cárlos por su rey, el cual, besando la mano á Casimiro, dió la mano á Sol, desposándolos el arzobispo de Cracovia, que se halló presente: lo mismo hizo el de Dinamarca con Claudomira, y Felisardo con Clarista, que fueron llamados allí para este efecto, estando de ello muy gustoso el rey de Suecia. Apretóse el mal del Polaco, con que murió dentro de tres dias; hicieronle suntuosas exequias, y acabadas, fueron luego jurados por reyes de la Polonia Cárlos y Sol, con que los lutos se convirtieron en fiestas; los demás señores se fueron á sus retiros con sus esposas, donde vivieron con mucho contento, y Cárlos mucho mas, que fué muy valeroso rey.